

Publicado en:

Figuroa Alcántara, Hugo Alberto y García Durán, Samira. “Vivencia y convivencia en el universo editorial y de la información”, p. 95-139. En Hugo Alberto Figuroa Alcántara y César Augusto Ramírez Velázquez (Coordinadores). *Recursos bibliográficos y de información*. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras: Dirección General de Asuntos del Personal Académico, 2006. 220 p.

IV. VIVENCIA Y CONVIVENCIA EN EL UNIVERSO EDITORIAL Y DE LA INFORMACIÓN

**HUGO ALBERTO FIGUEROA ALCÁNTARA
SAMIRA GARCÍA DURÁN**

IV.1 Introducción

El presente capítulo tiene como objetivo ofrecer un panorama general acerca de los fenómenos suscitados dentro del universo editorial y de la información, así como su influjo en la sociedad contemporánea.

De manera particular, el trabajo aborda aspectos fundamentales de la sociedad de nuestros días. En primer lugar, se analiza la esencia del universo editorial y de la información, en su interacción con la sociedad. Posteriormente, se puntualizan las características de la sociedad actual, en relación con sus antecesoras; asimismo, se identifican los fenómenos de identidad/alteridad como elementos clave de las movilizaciones sociales dentro del universo editorial y de la información.

Tal universo puede ser concebido como el reflejo del entorno en que se desarrolla, pues ha jugado un papel diferente de acuerdo con las características particulares de cada sociedad. Sin embargo, jamás abandona su esencia, definida por sus principales ejes de actividad: la creación, gestión y distribución de conocimiento y de información.

Uno de los rasgos característicos de nuestra época es la participación social como un factor decisivo para la construcción del porvenir de la humanidad. Pero, para poder pensar

en una movilización social que lleve a la libre convivencia es necesario enfocarse, en primer lugar, en el papel individual. La realización de la identidad individual cobra sentido dentro de la comunidad. Una vez que el sujeto sea capaz de identificarse como un ser único e insustituible, será capaz de aportar a la sociedad.

En la sociedad actual, el individuo se enfrenta a una amplia gama de posibilidades para la configuración de su identidad. Ahora más que nunca tiene acceso a una inmensa cantidad de información a través de las nuevas tecnologías. Sin embargo, esto lo induce a una nueva problemática, pues le será necesario identificar aquellos contenidos que realmente contribuyan a su desarrollo y no sólo lo involucren en un juego de distorsión y pérdida de sí mismo.

Dentro de la sociedad contemporánea, mucho más compleja que las anteriores, los sucesos dentro del universo editorial y de la información representan, por un lado, una alternativa para la construcción de un mundo más coherente; por el otro, significan una amenaza hacia la individualidad y la trascendencia cultural, con lo cual también se pone en peligro la pervivencia de la humanidad.

Ante este panorama, se hace imprescindible analizar, desde una perspectiva bibliotecológica, los fenómenos dentro del universo editorial y de la información. En este mismo sentido, es preciso una consideración final acerca de algunos aspectos referentes a la relación entre bibliotecólogo y sociedad. La manera en que el profesional de la información influye dentro de dicho universo, repercute en los procesos de construcción de la identidad y es una pauta para la realización de posteriores movilizaciones sociales. De acuerdo con lo anterior, se analiza también la función social del bibliotecólogo, tanto en el plano individual como en el colectivo, en la búsqueda y consolidación de una sociedad más justa, igualitaria, incluyente y, por qué no decirlo, más humana.

IV.2 El papel del universo editorial y de la información dentro de la sociedad

El origen de la industria editorial se relaciona con el surgimiento de la imprenta, aproximadamente en 1455. Como es bien sabido, a través de este invento fue posible incrementar el nivel de acceso al conocimiento generado por la humanidad, mediante la

reproducción de contenidos y creaciones intelectuales. A partir de entonces, los cambios tecnológicos han influido en el desempeño de esta industria, que se modifica y evoluciona día con día (Cabanellas, 2002, p. 208).

Lo anterior se hace evidente con las nuevas tecnologías digitales, las cuales “...cambiarán radicalmente el modo en que la información se transmite, las historias se leen y las culturas se forman” (Epstein, 2002, p. 13).

Pero, más allá de las modificaciones técnicas y de procedimientos, desde sus inicios la industria editorial y de la información ha estado vinculada con la libre difusión de las ideas y la preservación de la cultura: “...el arte humano, delimitatorio, de contar historias, sobrevivirá, como siempre ha hecho, a la evolución de las culturas y sus instituciones. Las nuevas tecnologías cambian el mundo, pero no borran el pasado ni alteran el genoma humano” (Epstein, 2002, p. 14).

Sin embargo, estas industrias también han sido objeto de múltiples formas de manipulación y distorsión, lo cual las ha alejado de su papel inicial. A lo largo de la existencia humana han existido grupos de poder, cuyo propósito se centra en la obstaculización del ciclo informativo; se encargan de negar a la sociedad lo que es suyo por derecho: su filosofía, sus tradiciones, su ideología, su cultura o, en una sola palabra, su libertad.

André Schiffrin (2001, p. 11) afirma que “...la edición representa siempre un microcosmos de la sociedad de la que forma parte, refleja sus grandes tendencias y fabrica en cierta medida sus ideas...”. De ahí el interés por conocer cuál es el papel del universo editorial y de la información en la sociedad contemporánea: cuáles son sus características, qué fenómenos experimenta, cómo incide en la integración de identidades individuales y colectivas; finalmente, cómo es que todo ello repercute en el ámbito social para la consolidación de un entorno más tolerante e incluyente.

IV.3 El papel de la información en la sociedad contemporánea: globalización, acción social y construcción de identidades

IV.3.1 Globalización

El fenómeno distintivo de nuestra época es, sin lugar a dudas, la globalización. Pero, aún viviendo dentro de él, todavía es muy difuso el concepto que podemos tener de este nuevo sistema de organización social. Tejerina (2004, pp. 8-16) intenta establecer los rasgos del sistema global en cuanto a los tres sectores definitorios de cada sociedad: la economía, la política y la cultura.

El primero de ellos, la economía global, se caracteriza por la eliminación de barreras nacionales y regionales para el comercio; también presenta una división internacional del trabajo entre sociedades; por último, quizás, su característica más evidente es el establecimiento de empresas y grupos multinacionales que buscan el dominio del mercado.

En segundo lugar, el aspecto político se ve representado por el desequilibrio del sistema estado-nación. Esto se debe, fundamentalmente, al hecho de que los problemas locales tienen efectos globales; muestra de ello es el aumento de organismos internacionales y organizaciones civiles que desarrollan su actividad en el ámbito internacional.

Finalmente, la globalización muestra nuevos aspectos culturales y simbólicos. Al igual que en los dos casos anteriores, los acontecimientos culturales locales rebasan las barreras geográficas y tienen influencia fuera de su marco de referencia. Este es uno de los temas más controvertidos en lo que se refiere a los aspectos positivos o negativos del fenómeno global; pues, por un lado, se percibe el riesgo de la total homogeneización cultural a través de la promoción de estilos de vida basados en los principios de la sociedad de producción/consumo capitalista: no importa el país ni la región en que una persona se sitúe, porque siempre se encontrará con los mismos productos y servicios. De esta manera, la posible significación que implica la adquisición de un producto determinado se nulifica, dado que el consumidor no está en posibilidades de ejercer una verdadera elección personal. Pese a ello, la globalización podría ser vista desde un ángulo diferente, al valorar y aprovechar sus posibilidades de renovación cultural constante, por ejemplo mediante la desterritorialización de particularidades étnicas, como la vestimenta, la comida, la música y demás tradiciones .

Estos tres aspectos resultan de sumo interés al abordar el tema del universo editorial y de la información, ya que, como se verá más adelante, la transformación del orden mundial ha tenido repercusiones en todas y cada una de las industrias relacionadas con el manejo de información.

IV.3.2 Acción social

La nuestra es una época de transición. A medida que desaparecen las características de la era moderna se incorporan nuevos elementos en todas las áreas del desarrollo humano. Cada suceso, independientemente del lugar o el tiempo en el que ocurre, puede influir en la vida de cada persona sobre la tierra. Esto nos lleva, inevitablemente, a establecer vínculos diferentes a los acostumbrados, más allá de nuestros límites geográficos, sociales y culturales. Ante tales circunstancias, sería imposible mantenernos como entes aislados. Formamos parte de una sociedad planetaria y, ahora más que nunca, tenemos la responsabilidad de reflexionar, decidir y actuar en busca de un mejor futuro, tanto a nivel individual como colectivo.

Uno de los rasgos principales de nuestra sociedad, a diferencia de sus predecesoras, es la capacidad de la raza humana para controlar todo lo inherente a ella misma. El hombre ha trascendido muchos de los límites que habían permanecido infranqueables; ni la supervivencia ni la autodestrucción se sustraen a su voluntad. Prueba de ello son los dos fenómenos señalados por Melucci (2001, pp. 29-30) como diferenciadores de la sociedad actual con respecto a las anteriores: por un lado, la situación nuclear como producto social y posible instrumento de aniquilación; por otro, los avances científicos en materia de genética, a través de los cuales se reduce la dependencia hacia la naturaleza. Al respecto, este autor afirma: “Hoy la sociedad, reflejada como en un espejo en su poder de destruirse y, por tanto, también de perpetuarse, descubre su radical contingencia y la imposibilidad de proyectar fuera de sí las razones de su propia supervivencia y desarrollo” (Melucci, 2001, p. 29).

Contrario a las ideas desarrolladas por culturas antiguas que atribuían gran parte o la totalidad de los hechos a agentes fuera de su dominio, por ejemplo, la voluntad divina, la

sociedad presente se abre o se cierra el paso por sí sola. De esto se desprende la idea de que lo humano ya no puede desvincularse de lo social. Todo lo que se desarrolla en el mundo (organizaciones, decisiones, formas de poder, tiempo y espacio) está delimitado por la acción social.

Como ejemplo claro de lo anterior, basta mencionar los cambios socioculturales que trajo consigo la globalización. De manera particular, uno de los fenómenos característicos del cambio social está representado por el campo de la tecnología de la información. A través de las redes de comunicación a distancia se traspasan las fronteras espaciotemporales impuestas por la naturaleza. Gracias a los avances en telecomunicaciones, individuos a miles de kilómetros de distancia son capaces de relacionarse y convivir, sin importar su contexto inmediato (Figueroa Alcántara, 2005, p. 3).

Es así como la experiencia individual se convierte en un punto de acción para lo social. Cada hombre se enfrenta a una cantidad interminable de opciones, entre las cuales debe elegir, con el propósito de hallar la más conveniente para su mejora personal. Aquí entra en juego la asunción de la libertad como un primer paso hacia la construcción de una existencia significativa.

El ser humano es el único capaz de hacerse responsable de su propio destino. Cada una de sus acciones lleva implícita una elección, que trascenderá los límites de la experiencia individual; aun el hecho de sustraerse a la toma de decisiones es una elección. De ahí viene la necesidad de elegir con base en una recapitulación previa, consciente de la influencia que ejercerán nuestros actos dentro de la vida en comunidad.

Para el ser humano no existe determinación genética o natural; existe el ejercicio de su voluntad, a partir de la cual puede crear su cultura, tanto individual como colectiva. Esta última debe basarse en la ayuda mutua y la organización para eliminar factores dañinos. De esto se puede inferir que la creación es una necesidad humana y, por tanto, una necesidad social, cuyo fin primordial es la supervivencia, así como la trascendencia y perdurabilidad como individuos y comunidades sociales.

La interacción entre actores sociales e individuales evidencia la manera en que el universo editorial cobra importancia para la existencia humana. El hombre, a través de la libertad consciente, se convierte en el autor de su propia vida; los mensajes que recibe y asimila son productos sociales. El proceso de identificación, elección e incorporación de

elementos dentro de sí mismo conlleva una labor permanente de edición. De esta manera, la identidad del individuo se integra a partir de todas aquellas creaciones sociales (individuales o colectivas) que repercuten en la realización de su ser:

“Así como el argumento de mi vida personal es creado por otros, siendo ellos sus héroes –sólo después de exponerla para el otro, a los ojos de él y en sus tonos emocionales y volitivos, me convierto en el héroe de mi propia vida–; lo mismo la visión estética, la imagen del mundo, son creados mediante la vida concluida o susceptible a la conclusión de la otras personas: sus héroes” (Bajtín, 2000, p. 118).

A pesar de los numerosos cambios en las formas de organización social, la sociedad contemporánea es heredera de la modernidad en el sentido de que no se ha liberado de los principios promotores de la desigualdad. La disposición de roles en la sociedad actual, se basa en estructuras jerárquicas; se constituye con base en dogmas y se erige como instrumento de poder para los grupos privilegiados (Melucci, 2001, p. 35).

Las nuevas formas de organización social, presentes en la época contemporánea, proponen quebrantar las estructuras jerárquicas e instaurar la descentralización. La cultura no oficial promueve la equidad y la ruptura con los dogmas, para dar paso a una sociedad basada en el respeto, la tolerancia y la valoración de los unos hacia los otros.

El universo editorial y de la información no se sustrae a estos fenómenos, pues existen grupos dominantes que controlan la libre difusión de las ideas y entregan al lector sólo los mensajes convenientes para conservar su posición privilegiada. Pero, del mismo modo en que ocurre con otros ámbitos de la actividad humana, dentro de este universo se conoce la existencia de movilizaciones sociales, encaminadas a la cooperación social y la destrucción de las líneas de poder para la libre producción y distribución de información.

Existen diversos modos de pensar, actuar, sentir, crear, vivir, etcétera; sin embargo, dentro de todas estas diferencias, siempre existirá un factor común que nos obligue a reconocernos y aceptarnos los unos a los otros; pues, independientemente del medio y la situación en la que nos desenvolvamos, jamás podremos deshacernos de nuestra naturaleza humana. Así, nos hallamos ante una nueva perspectiva: diversidad en la unidad. Con esto se plantea la posibilidad de entablar proyectos dentro del universo editorial y de la información para la conformación de sociedades diferenciadas pero, al mismo tiempo, interconectadas.

Esto será posible a través de la apertura igualitaria hacia la cultura y el reconocimiento de la singularidad de cada grupo e individuo.

IV.3.3 Importancia de la información en la sociedad contemporánea

Por todo lo anterior, se deduce que el elemento primordial de la sociedad en que habitamos es la información. A partir de ésta se construyen experiencias e, incluso, formas de vida. Nuestra vivencia diaria se desarrolla, cada vez más, en ambientes construidos por la información, que es difundida por los medios de información y comunicación, e interiorizada por cada uno de nosotros. Es así como nuestro ambiente rutinario, real y concreto, es sustituido por una atmósfera de símbolos (Melucci, 2001, p. 65).

Debido a que la cultura de la simulación se presenta como un arma de doble filo --por un lado, fomenta la interacción social más allá de la experiencia directa; por otro, se presta como medio de manipulación y distorsión-- se requiere de una enorme capacidad de discernimiento para evitar la pérdida de juicio sobre la realidad. Marc Augé ejemplifica lo anterior al analizar la función de las imágenes transmitidas vía satélite, que llegan hasta nuestros hogares y pueden ofrecernos una visión simultánea de cualquier acontecimiento en otra parte del mundo:

“Presentimos, seguramente, los efectos perversos o las distorsiones posibles de una información con imágenes así seleccionadas: no solamente puede ser, como se ha dicho, manipulada, sino que la imagen (que no es más que una entre millares de otras posibles) ejerce una influencia y posee un poder que excede en mucho la información objetiva de que es portadora. Por otra parte, es necesario comprobar que se mezclan cotidianamente en las pantallas del planeta las imágenes de la información, las de la publicidad y las de la ficción, cuyo tratamiento y finalidad no son idénticos, por lo menos en principio, pero que componen bajo nuestros ojos un universo relativamente homogéneo en su diversidad” (Augé, 1994, p. 38).

Por su parte, Castells explica un nuevo paradigma dominante de nuestras sociedades, llamado *informacionalismo*, que es ante todo un paradigma tecnológico, en tanto concierne a la tecnología, no a la organización social ni a las instituciones. En él no se alude al papel central de la información y el conocimiento para la generación de posiciones de poder, riqueza y significado (pues, en el fondo, todas las sociedades anteriores a la nuestra han empleado la información y el conocimiento como instrumento de dominación), sino al nuevo modelo tecnológico en materia de procesamiento de información, centrado en computadoras y redes, así como la repercusión de esta tecnología en la generación y aplicación del conocimiento. Asimismo, enumera las tres características principales de este nuevo paradigma tecnológico:

1. La capacidad de estas tecnologías para ampliar por sí mismas el procesamiento de información en cuanto a volumen, complejidad y velocidad.
2. Su capacidad recombatoria.
3. Su flexibilidad distributiva (Castells, 2002, pp. 172-173).

Así pues, el problema ya no involucra exclusivamente el tener acceso a la información, sino contar con los elementos necesarios para organizarla e interpretarla. Las nuevas técnicas para el mantenimiento de posiciones de control, poder y dominio se basan en el resguardo de los códigos indispensables para organizar y dar sentido al extendido flujo de signos al que estamos expuestos. Ahora bien, la sociedad está en posición de contrarrestar tales acciones si se hace consciente de la posibilidad de crear sus propias formas de comunicación, interpretación y acción.

Este último aspecto da pie para abordar temas relacionados con la posición del individuo ante las incipientes formas de exclusión, mediante la participación en movilizaciones colectivas relacionadas con el universo editorial y de la información. Para tal efecto, resulta pertinente enfocarse en los fenómenos vinculados con los conceptos de identidad y alteridad.

IV.3.4 Identidad/alteridad en la sociedad contemporánea

Dentro de un contexto como el que se ha definido anteriormente, un aspecto de relevancia es el referente a la configuración de la identidad. La sociedad contemporánea, con todas sus complejidades, otorga nuevas posibilidades para la construcción y transformación de identidades, tanto individuales como colectivas.

Como ya se ha mencionado, una de las características principales de la sociedad actual radica en el hecho de que los hombres cuentan con potencialidades de autorrealización nunca antes imaginadas, ya que disponen de oportunidades para desarrollar sus capacidades cognitivas y comunicativas a través de los procesos de producción y circulación de la información (Melucci, 2001, pp. 44-45).

El elemento fundamental para que el individuo alcance su particularidad y se constituya como un ser único es la diferencia. Pero es en la comunidad donde su existencia cobrará sentido. En la diferencia radica la posibilidad de acción. Si una persona es capaz de asumir su existencia, también lo será para ejercer acciones en favor de la realización del bien común. Si, por el contrario, decide hundirse en el anonimato cobarde, será incapaz de abandonar su posición subordinada a los intereses de grupos dominantes.

A esto se une el concepto de responsabilidad, entendida como la obligación ineludible del individuo para elegir lo que mejor se adecue a su desarrollo personal, con miras a que su decisión repercuta positivamente en el ámbito social.

De acuerdo con Marc Augé (1994, p. 105), el individuo de la sociedad actual corre el riesgo de perderse dentro de los “no lugares”, espacios donde la identidad no es definida por las características inherentes al ser humano, sino por el número de identificación en una credencial o en un boleto de avión, por citar algunos ejemplos. Así, el hombre del no lugar se somete a una relación contractual con las instituciones que rigen el sistema que lo absorbe; a un control constante sobre su identidad; a la desvinculación con los otros que, al igual que él, se hallan en un estado letárgico, perdidos en un laberinto de espejos, donde no perciben más que su imagen difusa y solitaria.

Con esto se pretende dar cuenta de que la individualidad no puede desvincularse de la sociedad, puesto que es en esta última donde alcanzará su verdadero significado y trascendencia: “Donde quiera que yo soy, soy libre y no puedo liberarme del deber ser; el

tomar conciencia de sí mismo activamente significa iluminarse a sí mismo mediante un sentido anticipado; fuera de éste, yo no existo para mí mismo” (Bajtín, 2000, p. 119).

De este modo, cada uno de nosotros tiene en sus manos la elección del camino que desee tomar. Podríamos dejarnos absorber por un sistema deshumanizado y resignarnos a la pérdida del otro y de nosotros mismos. Pero también podemos entablar acciones para la consolidación de nuestro propio yo, único e insustituible, y para la edificación de una sociedad capaz de hacerse y rehacerse a sí misma en la búsqueda de su propio bienestar.

El segundo aspecto que debe tomarse en consideración como uno de los procesos de gran importancia para la consolidación de una sociedad conjunta es la alteridad; es decir, el reconocimiento, la identificación, la convivencia y la asimilación del otro.

Queda claro que el hallazgo constante de la identidad tiene como fin la diferenciación, que hará de cada persona un elemento valioso para la vida en comunidad. Por eso mismo se debe precisar que la búsqueda de una identidad individual peculiar y diferente a las demás, no debe conducir a la ruptura con los *otros* que existen en la sociedad. Todo individuo debe cobrar conciencia de que, más allá de las peculiaridades culturales, educativas, sociales, políticas, ideológicas, etcétera, la civilización humana comparte una misma esencia: “Sólo al revelarme ante el otro, por medio del otro y con la ayuda del otro, tomo conciencia de mí mismo, me convierto en mí mismo” (Bajtín, 2000, p. 163).

IV.3.5 Identidad/alteridad en el universo editorial y de la información

Los conceptos mencionados hasta el momento enfatizan la primacía de la voluntad humana para forjar una existencia digna y trascendental. La manera que el ser humano halló para perpetuarla es a través de la creación, expresada a través de distintos tipos de obras.

Dado que toda obra es susceptible de someterse a procesos de edición, es innegable la influencia que esta actividad ejerce en la forma de crear y difundir ideas. La actuación positiva o negativa de la industria editorial y de la información puede marcar, de manera decisiva, el rumbo de la sociedad en que vivimos. Obviamente, esto, a su vez, depende de nuestras acciones individuales y colectivas.

Fenómenos como los analizados en el apartado anterior resultan de interés en el estudio de la integración de identidades ya que, como hemos visto, el proceso de lectura, entendida como la interpretación, creación o recreación de un texto (escrito, auditivo, visual, audiovisual, etcétera), conlleva un conjunto de creencias y valores, a los cuales denominamos ideología. Esta última proviene de los mensajes y vivencias que forman parte del individuo: “Por lo tanto, es el sujeto social quien produce un texto que es, justamente, el espacio de cruce entre los sistemas ideológicos y el sistema lingüístico” (Bajtín, 2004, documento en línea).

Así pues, el lenguaje es el material para la creación, cuyo resultado es la representación del *yo* interior. Éste, a su vez, se configura como un “conjunto de *yoes* que ha asimilado a lo largo de su vida, algunos de los cuales provienen del pasado; estos *yoes* se encuentran en los lenguajes, las *voces* habladas por otros y que pertenecen a fuentes distintas (ciencia, arte, religión, clase, etcétera)” (Bajtín, 2004, documento en línea).

Muchas de estas *voces* pueden ser asimiladas mediante la experiencia real y concreta con los semejantes; sin embargo, buena parte de las creencias que integran el ser de un sujeto tiene como origen el contacto con distintos lugares y tiempos a través de textos, que se muestran muchas veces como productos derivados de procesos editoriales y de información.

De este modo, la creación de un texto es un proceso continuo en el que intervienen actores individuales y actores sociales. Cada texto es terreno propicio para la interacción entre el lector y el autor. A través de él, el autor comunica su experiencia personal dentro de un marco espacio-temporal y socio-cultural determinado. Su mensaje es recibido por el lector, quien también lo interpreta de acuerdo con su contexto; lo reconfigura dentro de su *corpus* ideológico y tiene la posibilidad de plasmar su recreación en otro texto.

Las batallas que ocurren dentro del universo editorial y de la información nos obligan a tomar alguna postura como individuos y grupos capaces de organizarnos para llevar a cabo movilizaciones en torno a la promoción del libre acceso, la libre elección y la libre acción en el campo de la información y el conocimiento.

Como ya se ha mencionado, la problemática en torno a las industrias relacionadas con la creación y circulación de contenidos radica en el manejo de todos aquellos mensajes que puedan influir de manera importante en el desarrollo intelectual del individuo. Las esferas

dominantes se encargan de mantener su posición de ventaja mediante el fomento de la manipulación o de la inacción. Para tales grupos, resulta de mucha utilidad implantar una serie de restricciones al libre flujo de la información, así como bombardear al receptor con mensajes confusos: “De hecho, el riesgo de que las necesidades humanas fundamentales sean reducidas al silencio, de que aumente la opacidad tras la apariencia de comunicación, es algo más que una hipótesis catastrófica” (Melucci, 2001, p. 38).

En la medida en que el hombre se involucra en este mecanismo de incomunicación, deja de lado su capacidad para discernir; se limita a digerir todo cuanto se le pone a la vista; no realiza un ejercicio de reflexión crítica; pierde la capacidad de desarrollar ideas propias y, con ello, pierde también su individualidad.

Los mensajes emitidos por las grandes empresas de comunicación --radio televisión, cine, etcétera-- tergiversan el proceso de globalización, mediante el cual se pretende reconocer las diversas formas de vida existentes en el planeta, y se dedican a promover la homogeneización, con lo que propician el desarraigo cultural.

Los efectos de tal situación son predecibles. El individuo, que se pierde en un mar de actos, voces y sonidos, cuya única motivación está en función de los roles y patrones de conducta impuestos por la ideología dominante, evidentemente, no cuenta con ninguna estimulación para realizarse a sí mismo. Su razón de ser se ha perdido, y en tal estado es incapaz de encontrarse con sus semejantes.

En un contexto como éste, el individuo que aún posea la capacidad de raciocinio, y mantenga un modo de pensar diferente y un espíritu crítico y lúcido, se convertirá en un ente extraño y desestabilizador. La sociedad masificada, intolerante al cambio y la diferencia, se ve en la necesidad de excluirlo, cercarlo o eliminarlo. De esta manera, se asegura la permanencia del sistema de dominación.

La forma de experimentar con la identidad se presenta en diversos ambientes. Dentro del universo editorial y de la información, esta experimentación se hace presente cada vez que un lector realiza una labor de reflexión, crítica, interpretación y recreación. Al leer, el individuo es destinatario, no sólo del mensaje literal ofrecido por el texto, sino del conjunto de implicaciones socioculturales que conlleva. El lenguaje es, tan sólo, la materialización de un proceso de creación, la representación del yo interno (que es ineludiblemente social). De ahí que todo proceso de creación sea singular pero a la vez, eminentemente social. De

esta manera, en la interacción autor-lector se expresan simultáneamente diversas identidades:

En el mundo unificado del conocimiento, yo no puedo situarme como un yo-para-mí único, en oposición a todas las demás personas sin excepción: pasadas presentes y futuras, en cuanto otras para mí; por el contrario, sé que soy un hombre tan limitado como todos los demás, y que cualquier otro se vive sustancialmente a sí mismo desde el interior, sin plasmarse para mí mismo en una expresión externa (Bajtín, 2000, p. 45).

Calvino (2002, p. 284), en *Si una noche de invierno un viajero*, alude a una obra única e integral en la que se almacenan las ideas que un individuo ha recibido mediante la lectura y de las cuales ya se ha apropiado: “Cada nuevo libro que leo entra a formar parte de ese libro total y unitario que es la suma de mis lecturas”. Como conclusión de lo anterior, se puede afirmar que el trabajo de edición --entendido como la producción intelectual y material de un texto, así como su difusión-- es una práctica social. Esto, debido a que proporciona los elementos necesarios para llevar a cabo un proceso de descubrimiento y autodescubrimiento que, finalmente, repercute en la integración de identidades, a escala individual y social.

IV.4. El universo editorial y de la información en la sociedad contemporánea

Como hemos visto, los procesos de creación, gestión y difusión de la información son piedras angulares en la constitución de identidades individuales y sociales. Las principales responsables de llevar a cabo dichos procesos son las industrias culturales. Por tal motivo, es pertinente analizar los fenómenos que éstas han experimentado durante los últimos años.

Dado que sería imposible estudiar en su totalidad el terreno de la cultura y la comunicación social, lo primero será definir los alcances de tal análisis. De acuerdo con Bustamante (2002, p. 25), el universo de la comunicación y de la cultura se puede dividir en dos grupos: de un lado hallamos las industrias creativas, cuyos principales representantes son las industrias cinematográfica, discográfica y editorial; del otro lado se encuentran los medios masivos de comunicación, como la prensa, la radio y la televisión. La relación entre

unos y otros es indudable, pues los segundos se encargan, en gran medida, de promover los contenidos culturales que producen los primeros.

Durante las últimas décadas, el funcionamiento tradicional de las industrias culturales se ha visto modificado por la introducción de los principios del sistema económico capitalista a escala global y por la ideología neoliberal. De esta forma, el interés por la difusión de la cultura, por los bienes y espacios públicos y por el bien común, ha sido subordinado al desmedido afán de lucro y la privatización creciente de muy diversos segmentos de la esfera pública. Simultáneamente, estos sectores también se han enfrentado a una de las más grandes revoluciones dentro del ciclo social de la información: el uso cada vez más intenso de computadoras, tecnologías digitales, internet y redes de diverso tipo. Con ello, surgieron nuevas alternativas para la producción y distribución independiente de contenidos. A continuación se hace alusión a la influencia de estos fenómenos sobre cada una de las industrias mencionadas. Finalmente, se puntualizan los aspectos más relevantes al respecto, así como las implicaciones de dichos fenómenos a nivel social.

IV.4.1 La industria del libro

El caso de la industria del libro resulta de especial interés para ejemplificar algunos de los problemas suscitados como resultado de los cada vez más frecuentes cambios sociales.

En principio, basta mencionar que la producción de información, en todos los sectores, pero más específicamente en esta industria, se ha enfrentado a un sin fin de complicaciones. Uno de los cambios más claros es el paso de la producción editorial encaminada al fortalecimiento de la dinámica cultural e intelectual, hacia la producción editorial vista como actividad con fines de lucro: “La fe en el mercado, su capacidad de conquistar el mundo, la prisa por someter a él todos los otros valores se han convertido en una marca de fábrica de la edición ...” (Schiffrin, 2001, p. 11).

Esto se debe, principalmente, a la intromisión de grandes consorcios en un medio que hasta hace algunas décadas se caracterizaba por un ambiente de integración y calidad humana. Actualmente, la función del editor ha sido limitada a las actividades planteadas por las exigencias del mercado y se ha convertido en un mero intermediario en el camino hacia

la comercialización. Esto contrasta en gran medida con la imagen tradicional del editor, quien, hasta hace algunos años, representaba a un ser humano directamente involucrado en la creación y difusión de las obras y comprometido con su función social.

Epstein (2002, p. 17) corrobora esta afirmación al describir la edición ideal de libros como “una industria artesanal descentralizada, improvisada y personal; la realizan mejor grupos pequeños de gente con ideas afines, consagrada a su arte, celosa de su autonomía, sensible a las necesidades de los escritores y a los intereses diversos de los lectores”.

Como resultado de la crisis a nivel individual y social, las motivaciones de los lectores han cambiado radicalmente. Si el objetivo tradicional de la lectura era la obtención de conocimiento, en la actualidad, se da prioridad a la lectura de evasión para ocupar el tiempo de ocio. Así, el libro ha perdido su función como producto materializador de la cultura y se ha convertido en un bien de consumo (Gómez-Escalonilla, 2002, p. 49).

Schiffrin (2001, p. 15) y Epstein (2002, p. 27) explican el dramático cambio en el sector editorial. Este mercado es dominado por grandes cadenas de librerías, que basan su supervivencia en los elevados niveles de ventas. Los libros distribuidos por las editoriales han dejado de ser un vehículo de expresión e invitación a la reflexión crítica, y se han convertido en mercancía para ventas masivas. El valor del libro ya no está determinado por sus características intelectuales, sino por su rentabilidad comercial.

La razón utilizada por los propietarios de editoriales para sustentar semejantes acciones se basa en una lógica simple y, a la vez, absurda del mercado liberal: “...no corresponde a las élites imponer sus valores al conjunto de los lectores, el público debe elegir lo que quiere, y si lo que quiere es cada vez más vulgar, qué se le va a hacer...” (Schiffrin, 2001, p. 63). Esto mismo ha llevado a que la decisión de publicar o no un libro pase de manos de los editores a las del gerente editorial, o similar, integrado por responsables financieros y comerciales. La manera de proceder de estos últimos es igualmente previsible: se publica el libro que cuente con un prepúblico y garantice los ingresos necesarios para el mantenimiento de la industria; por lo tanto, se admiten autores conocidos y temas de moda, mientras que los nuevos autores, con aportaciones originales y trascendentes culturalmente son relegados (Schiffrin, 2001, p. 64).

Otro campo afectado por el funcionamiento actual de la industria del libro es el referente a los medios de distribución y difusión, caracterizados por la concentración del

mercado en grupos multinacionales. Paulatinamente, las pequeñas librerías que promovían algún libro especial con sus limitados recursos, también han sido desplazadas por sus homólogas, que cuentan con enormes espacios para desarrollar complejas estrategias de marketing alrededor de un conglomerado de títulos (Schiffrin, 2001, p. 77).

Tales fenómenos conducen a una clara problemática acerca de la producción editorial: el hecho de que un número importante de títulos valiosos no sea publicado es, tan sólo, una parte del problema; el verdadero riesgo se encuentra en la clase de lecturas que se distribuyen indiscriminadamente (Schiffrin, 2001, p. 66).

Aunque esto se atribuye exclusivamente a la lógica de mercado, resulta difícil creer que no existan lectores interesados en temas opuestos a los que asigna la ideología del momento. De hecho, siempre han existido sectores particulares del público interesados en temas más trascendentales que los asignados por la ideología del momento. En el caso de la industria editorial, este grupo encuentra su esperanza en los editores independientes, cuya actividad se dirige a la producción y distribución de contenidos capaces de estimular el intelecto y fomentar una conciencia de cambio.

Esta actividad, aunque no inmediatamente, puede ser reconocida por la sociedad. Así lo expresa Pérez Alonso (2002, p. 70), al reflexionar sobre los logros del editor, los cuales se presentan mediante la oportunidad de “dar con algo nuevo, que no se haya dicho hasta ahora, un texto que salga de la norma, ya sea por su tema o por su forma; una rareza que lo impulse sin duda a publicarlo. Estos textos no son siempre vendibles desde el primer momento, pero pueden llegar a serlo cuando el público general los aprecie y los legitime”.

La industria editorial, al igual que muchas otras de las actividades humanas, ha estado influida por las nuevas tecnologías de la información en grado considerable. Mucho se ha hablado acerca de los beneficios o perjuicios de la edición digital; sobre todo, se abordó el tema de la posible desaparición del libro impreso ante el libro electrónico. Sin embargo, todas las opiniones han llevado a la conclusión de una inminente convivencia entre ambos medios.

La posición más acertada ante tal fenómeno es aprovechar las cualidades de internet y demás tecnologías a favor de la libre producción y circulación de contenidos. Una de las facilidades otorgadas por este medio, que incide directamente en el sector editorial, es el acercamiento de los lectores hacia los escritores, pues los primeros ya no se verán en la

necesidad de esperar el intervalo de un largo proceso de edición para tener acceso a los contenidos intelectuales proporcionados por los segundos. Aún así, la tarea del editor no sería desplazada, pues siempre se tendrá la necesidad de editar y promover cualquier título (Epstein, 2002, p. 115).

Uno de los temores más recurrentes con respecto a la circulación de contenidos digitales en internet es, sin duda, la piratería. Por tal motivo, se ha instaurado, en algunos casos, una serie de medidas que limitan excesivamente el acceso a obras digitales. Es de suma importancia que el sector editorial cobre conciencia de que la piratería informática no debe limitar el uso y disfrute de diversos tipos de obras; en cambio, se pueden formular políticas que mantengan el equilibrio entre el derecho de autor, y a la propiedad intelectual, y el derecho al acceso a la cultura (Gómez-Escalonilla, 2002, p. 60). Al extender el derecho de autor a cualquier tipo de uso del documento digital, se obstaculiza el uso de las redes para fines de difusión del conocimiento y de la información, así como el acceso a la cultura, lo cual propicia, aún más, la piratería digital.

IV.4.2 Industria discográfica

La segunda industria creativa que es importante analizar es la industria discográfica. La problemática de ésta radica, principalmente, en una distribución dispar del mercado, donde ahora gobiernan las empresas multinacionales. Además, al igual que en el caso anterior, en esta industria existe una clara tendencia hacia la comercialización y el mantenimiento de estilos homogéneos.

En un gran segmento de la industria que es gobernado por las empresas multinacionales, no existe lugar para las nuevas propuestas en materia musical, pues lo que se debe garantizar es la venta del producto; para ello, es mucho más útil la reproducción de fórmulas ya conocidas. Pero también existen las llamadas “compañías independientes, más comprometidas con las apuestas duras, y más propensas a correr el riesgo de buscar artistas nuevos e insólitos, con escasos recursos económicos, mucha imaginación y sobre todo mucho olfato” (Bautista, 1995, citado por Buquet, 2002, p. 71). Estas compañías no sólo son independientes en el sentido de que no guardan relación con ninguna empresa

multinacional, sino que su producción también se centra en ofrecimientos musicales para audiencias más acotadas (Buquet, 2002, pp. 72-73).

En realidad, esta división del mercado ha resultado funcional para la industria discográfica, pues sellos grandes y pequeños no compiten por las mismas ventas. El desbalance de la industria se debe, básicamente, a la concentración en la distribución y a las ventajas con que cuentan las multinacionales en el área de promoción. Las empresas independientes se enfrentan a serias dificultades en el momento de realizar la difusión de sus productos, pues ésta se basa en el empleo de recursos de corto alcance: los fanzines, las emisoras de radio independientes y los conciertos en vivo son medios dirigidos a una porción de público muy específica que, por lo regular es la misma que ya conoce el producto (Buquet, 2002, pp. 77-81). Otro aspecto fundamental en el funcionamiento de la industria del disco es el concerniente al riguroso sistema de manejo de derechos de autor. Dicho sistema se encarga de controlar los ingresos correspondientes al autor o compositor, e intérprete o artista (Buquet, 2002, p. 88). Por otra parte, en los últimos años se introdujo la política de pago por cada ejecución de una pieza musical, ya sea en vivo o grabada. Se puede inferir que esto representa una grave limitación para la difusión de contenidos, al no permitir la transmisión de una obra sin intereses comerciales de por medio.

Podemos percatarnos de que ésta es una de las tantas restricciones que se imponen con el objetivo de mantener controlada la difusión de la cultura. Ante la intervención excesiva de sistemas reguladores, surge la necesidad de contrarrestar sus efectos. Como se observa en muchos casos, los conflictos nacidos de la lucha entre los principios de propiedad, por una parte, y libre acceso a la cultura, por la otra, fomentan una de los fenómenos más frecuentes y complejos en todas las industrias culturales, pero que, tal vez, sea más evidente en el sector de la música y el cine: la piratería.

Con el surgimiento de nuevos soportes (cassettes y CD) se facilitó al público, en general, la reproducción y difusión de grabaciones. De manera conjunta, nuevos formatos, como el mp3, proporcionaron el almacenamiento e intercambio de archivos digitales a través de internet y otros sistemas de transmisión digital del sonido. Algunos de los problemas de los sellos independientes se vieron resueltos por el uso de internet en la difusión de música alternativa, al incorporarla al sistema de mercado global; pues, con el empleo de las nuevas tecnologías, se redujeron los costos de producción, distribución y

promoción; esto hizo posible el aumento en la rentabilidad de negocios dirigidos a grupos minoritarios (Buquet, 2002, pp. 93-98).

En un principio, las empresas mayores vieron la posibilidad de incorporar estos elementos para crear otros modelos de negocio: venta de discos por comercio electrónico, radio digital y transferencia de archivos digitales a través de la red. Sin embargo, la transmisión de archivos a través de la red se convirtió en un punto vulnerable para las grandes empresas que pretendían obtener cuantiosos beneficios de esta forma de comercialización. El desarrollo de servicios de distribución de música de tipo *peer to peer* (P2P) promovió la posibilidad de compartir música libre y gratuitamente. Así, se indujo a la participación de miles de personas dentro de comunidades virtuales, que desembocaría en un fenómeno de grandes alcances, representativo de las formas de economía y socialización en red.

IV.4.3 Industria cinematográfica

El tercer ejemplo representativo de las industrias creativas es el cine. Al igual que en otras industrias, como la del libro, la producción cinematográfica se enfrentó a una transformación radical al convertirse en una compleja estructura empresarial, después de permanecer por un largo periodo en un nivel artesanal. Asimismo, dentro de un entorno altamente competitivo, la producción ya no se considera como una actividad de alto riesgo, en cuanto a posibles ganancias o pérdidas; sino que cada vez se sustenta más en análisis y estrategias de mercado (Álvarez Monzoncillo, 2002, pp. 114-115).

La distribución cinematográfica también sufre de la concentración por parte de las empresas multinacionales. Esto se debe a la necesidad de incrementar los gastos de las campañas publicitarias para mantener o extender el dominio de mercado. En cambio, las empresas pequeñas se ven obligadas a ejercer la distribución selectiva y confiar en la repuesta del público, al continuar con la promoción del producto entre público que conoce aportes previos (Álvarez Monzoncillo, 2002, p. 118).

Otra de las dificultades en esta industria concierne a la creación de contenidos. Los artistas y técnicos del sector son condicionados por las exigencias de las productoras y del

mercado. Debido a la abundancia de películas, el éxito de cualquiera de ellas es impredecible. Eso ocasiona que los creadores de la industria no sean persistentes o busquen ante todo la calidad y trascendencia de sus producciones fílmicas. Por un lado, esto implica una constante renovación y experimentación; pero, por otro, impide la consolidación de movimientos cinematográficos que definan una identidad propia. Aunado a ello, las demandas de las casas productoras se limitan a la repetición de fórmulas conocidas que garanticen altas ganancias económicas (Álvarez Monzoncillo, 2002, pp. 120-121).

Frente a estas condiciones, la digitalización e internet se han presentado como una valiosa alternativa para la producción y transmisión de contenidos fílmicos a través de nuevos medios y soportes. Resulta evidente que la industria cinematográfica, durante los próximos años, estará influida en gran medida por la producción, distribución y proyección digitales, así como el consumo de películas disponibles en línea.

Por otra parte, la introducción de la industria cinematográfica en la economía de red amplía su campo de mercado y da a las producciones independientes mayor competitividad ante otras empresas. También, se hace posible la exclusión de intermediarios, que incrementan el precio de las películas y se promueve el acercamiento entre los creadores y sus posibles espectadores (Álvarez Monzoncillo, 2002, p. 135).

IV.4.4 Prensa, radio y televisión

Los medios de comunicación juegan un papel trascendental en el ciclo informativo. A través de ellos se difunde la información que llega hasta nosotros. Los efectos de esto pueden juzgarse en función de la situación por la que atraviesa cada uno de ellos. Por eso, a continuación se explican brevemente las características fundamentales de las industrias involucradas en la difusión de contenidos y su posición ante la revolución digital.

Un fenómeno común dentro de los medios de comunicación, al igual que en las industrias creativas, es la concentración del mercado en empresas multinacionales. La manera en que éstas se introducen en cada país es mediante la fusión o absorción de empresas nacionales y locales (Albornoz, 2002, pp. 145-148; Bustamante, 2002a, pp. 218-221; Franquet, 2002, pp. 180-187). De esta manera, aumenta el número de publicaciones,

emisoras de radio y canales de televisión; sin embargo, esto no garantiza, en lo absoluto, el pluralismo informativo pues, al mismo tiempo, disminuye la variedad en los contenidos de los productos.

En relación con lo anterior, cabe destacar que todas estas empresas se componen de dos segmentos; por un lado, se hallan los propios contenidos (artículos, reseñas, programas, música, etcétera), por el otro, encontramos los contenidos publicitarios. La preocupación crucial al respecto es el hecho de que las estructuras económicas de estos medios se fundamentan, en gran medida, en los ingresos provenientes de la publicidad. Como resultado de lo anterior, cada vez es mayor el espacio ocupado por la propaganda y menor el utilizado para la transmisión de información relevante.

También es importante aclarar que la concentración percibida en los medios, no es causa única de la homogeneización de la información transmitida. En un entorno más competitivo, los comunicadores optan por no arriesgarse con la difusión de un contenido diferente a la fórmula que ha funcionado con su competencia. Así, nos es fácil ver programas con la misma temática, en el mismo horario (Bustamante, 2002a, pp. 222-223); escuchar la misma música en varias estaciones, que a su vez depende de las novedades de la industria discográfica (Franquet, 2002, pp. 191-195); o leer diarios o revistas con las mismas notas, por citar ejemplos.

A raíz de la expansión de internet y su aplicación al sector de la información, numerosas empresas comunicativas, sobre todo de prensa (Albornoz, 2002, pp. 159-161) y radio (Franquet, 2002, pp. 209-210), decidieron incursionar en la distribución de información a través de este medio, utilizándolo como una extensión de sus productos tradicionales. Por otra parte, también surgieron nuevas empresas, cuya naturaleza *on line* les permitió alcanzar un importante número de usuarios.

IV.4.5 Aspectos sociales en el manejo de la información

Las industrias culturales y los medios de comunicación tienen una indiscutible importancia económica, pero también influyen en aspectos socioculturales (Bustamante, 2002, p. 15). Como se ha mencionado con anterioridad, la sociedad actual se caracteriza por

presentar fenómenos de carácter global en materia de política, economía y cultura. Recordemos, por ejemplo, la desaparición de barreras geográficas en la transmisión de contenidos, gracias a internet. El universo editorial y de la información no se ha librado de ser influido por los cambios dentro de estos ámbitos.

El conflicto característico del sistema cultural y comunicativo de nuestra era es el desequilibrio económico y la pérdida de la diversidad informativa. Como causa principal de ello se puede hablar del dominio de empresas multinacionales que absorben o eliminan a las empresas nacionales o locales. Sin contar que, muchas de las veces, los grupos resultantes no se circunscriben a un solo sector de la cultura, sino que tienen relación con otras industrias (Bustamante, 2002, p. 38). Esto da como resultado verdaderos monopolios de comunicación y de contenidos, con presencia planetaria.

Si bien, los problemas de las industrias editorial y de la información se muestran en función de procesos económicos, su origen obedece a intereses más profundos. El manejo de la información tiene como objetivo, no sólo fortalecer el sistema económico capitalista; también conlleva la influencia sobre los pensamientos y las actitudes de los individuos.

Como se ha afirmado previamente, esta problemática se divide en dos puntos importantes: la restricción de contenidos disidentes y la difusión desmedida de contenidos alienantes o de evasión.

Las nuevas formas de control sobre la información limitan el desarrollo humano, tanto a nivel individual como social. En primer lugar, se limita la libertad de expresión, la libertad intelectual y la circulación de ideas. Cualquier obra que se pretenda dar a conocer a través de los medios tradicionales, tendrá que pasar por una serie de filtros, después de los cuales, se habrá adaptado a las conveniencias del sistema o, definitivamente, será rechazada.

Dentro del marco de las industrias culturales y los medios de comunicación dominantes, el número de productos ofrecidos no es, necesariamente, proporcional a la cantidad de información disponible. Con ello, se niega al individuo y a la sociedad la posibilidad de elegir sus propias condiciones de educación, información, desarrollo y entretenimiento.

El futuro de una sociedad en la que la creación y el desarrollo intelectual se subordinan a intereses económicos, políticos e ideológicos, sólo puede ser uno: el estancamiento.

Como una respuesta hacia los efectos perjudiciales del control y la manipulación sobre la información y la cultura, la sociedad se ve en la necesidad de crear sus propias formas de producción, gestión y difusión.

En tal contexto, cada una de las empresas culturales genera dos vertientes. Por un lado, como hemos visto, están los grupos transnacionales, cuyo dominio es innegable. Pero, por otro lado, se encuentran las empresas y proyectos independientes que, de alguna forma, intentan dar equilibrio al interior de este universo editorial y de la información. En este sector independiente, creadores poco conocidos, aportaciones originales y obras subversivas encuentran su lugar.

Como ya se ha comentado, a partir de la última década del siglo XX, el campo de las industrias culturales y, en consecuencia, el de los medios de comunicación y de información, se enfrentó a una de las revoluciones más importantes en materia de información: la digitalización de bienes y servicios informativos, así como su distribución mediante redes, lo cual planteó un nuevo panorama en el área de la información, con sus correspondientes ventajas y desventajas.

Los beneficios de la relación simbiótica entre internet y otros medios informativos radica en la posibilidad de tener acceso a la información producida en otros lugares del mundo que, de manera tradicional, no podría ser consultada. Además, este medio permite la participación ciudadana y el flujo horizontal de la información, lo cual otorga al individuo un panorama más amplio y diversificado. El problema se encuentra, como hemos visto, en que mucho de lo que encontremos estará subordinado a otra clase de intereses (políticos, ideológicos, económicos, etcétera) y nos será necesario desarrollar habilidades de interpretación y de pensamiento crítico para no perdernos en el extenso universo de la información.

Aún dentro de este contexto, existen posibilidades de contrarrestar los efectos de la economía oligopólica que reina en el universo editorial y de la información. Dichas posibilidades están basadas en las tecnologías digitales, a través de las cuales se ha permitido, en buena medida, el desarrollo de formas independientes de producción y distribución de productos y servicios informativos y, con esto, la participación de la sociedad en la construcción de su propia cultura. Con ello se da cuenta de la preponderancia de internet como un medio de gran potencial para la construcción de una sociedad global

caracterizada por su diversidad y pluralidad. Tal tendencia se trata con mayor detalle en el siguiente apartado.

IV.5 Acción colectiva y procesos de construcción de la identidad en el contexto del universo editorial y de la información : el papel de internet, los objetos digitales y los nuevos modelos de sociedad red

Frente a los intentos desmedidos por impedir o limitar la libertad intelectual, la libertad de expresión y la circulación de ideas, información y contenidos, siempre han existido corrientes alternativas que libran grandes batallas. Es necesario aclarar que en la proposición para establecer estas corrientes dentro del universo editorial y de la información no subyace una postura extrema. Como su nombre lo indica, las corrientes alternativas ofrecen oportunidades de expresión fuera de los mecanismos de control impuestos por la cultura oficial, siempre y cuando esto no implique la pérdida de respeto hacia otras ideologías.

Las soluciones a los problemas que enfrenta la sociedad deben provenir de ella misma. No se puede esperar que las respuestas vengan de parte de los gobiernos y sus instituciones oficiales. La acción colectiva, generada por la interacción entre individuos que se reconocen dentro de un mismo nivel y área de interés, es la oportunidad de modificar todas aquellas rígidas concepciones acerca del mundo en que habitamos. No se trata de propiciar la pérdida de valores, pues el individuo debe estar consciente de que cada uno de sus actos tiene repercusiones en la vida de sus semejantes; en cambio, se trata de un replanteamiento de valores, cuyo significado provenga de las mismas personas que han de actuar conforme a ellos:

Este individuo-como-proceso, que trabaja constantemente por construirse a sí mismo, debe no obstante salvaguardar sus límites y preservar sus raíces sociológicas y sociales. Es, pues, un individuo que no debe tomar en cuenta sólo su autorrealización, sino también los confines de su acción; debe responder constantemente a la pregunta <<¿quién soy yo?>>, situándose al mismo tiempo en un ecosistema y en un sistema de relaciones sociales que ya no existen con independencia de su acción (Melucci, 2001, p. 44).

Aun dentro de una sociedad libre existen leyes, pero éstas serán, en consecuencia, las leyes de la libertad. Sólo a través de la libertad de pensamiento y de acción es posible la participación individual para la renovación universal. La mecánica de las formas de poder tradicionales ha sido permitir la libre convivencia, pero sólo en lugares y momentos alejados de la verdadera vida social; de esta manera, se crea una especie de ilusión que permite al individuo escapar de su realidad durante algún tiempo, pero esto sólo vela su juicio para mantenerlo en una posición subordinada. La posibilidad de cambio se fundamenta en la libre convivencia y la igualdad entre seres humanos, mas no como una experiencia transitoria, sino como una forma de vida.

Ideas como éstas podrían parecer utópicas, pero su realización depende, en gran medida, de los actos que realicemos día con día y dentro de nuestros propios alcances.

Dadas las características de la sociedad contemporánea, cuya particularidad radica en la supremacía de los flujos de información a través de las nuevas tecnologías, sería imposible no considerar la necesidad de que nuestras acciones se enfoquen a las formas de producción, gestión y circulación del conocimiento.

Ante el panorama actual, en el que los medios de comunicación se ven influidos por intereses de toda índole, excepto los involucrados con la promoción del conocimiento y la cultura, se tiene la imperiosa necesidad de iniciar acciones dentro del universo editorial y de la información cuyo impacto trascienda al ámbito social.

Dentro del universo editorial y de la información de la sociedad contemporánea, un hecho que muestra de manera ineludible la idea de acción colectiva dentro de un ambiente libre es la actividad realizada bajo el modelo de *sociedad red*.

Castells perfila esta nueva estructura social como el producto de tres fenómenos ocurridos durante el último cuarto del siglo XX: la necesidad de flexibilidad en la gestión y globalización del capital, la producción y el comercio; las demandas de una sociedad en la que los valores de la libertad individual y la comunicación abierta se volvieron fundamentales; y los avances en informática y telecomunicaciones (Castells, 2001, p. 16). La sociedad red “surge y se expande por todo el planeta como la forma dominante de organización social de nuestra época. La sociedad red es una estructura social hecha de

redes de información, propulsada por las tecnologías de información características del paradigma informacionista” (Castells, 2002, p. 179).

La sociedad red promueve los argumentos de la cultura alternativa y los incorpora al nuevo modelo social, utilizando la tecnología como herramienta indispensable para la interacción entre iguales. Castells explica sus características fundamentales: en primer lugar, señala que dentro de la sociedad red no existen estructuras de poder impuestas; por lo tanto se rompe con la centralización: “Por definición, una red carece de centro y sólo tiene nodos...” (Castells, 2002, p. 180). También expresa que la importancia de un elemento no se subordina a factores fuera de la autorrealización individual; el valor de cada nodo no está predeterminado por sus rasgos específicos, sino por su capacidad para almacenar, procesar y aportar información de valor para la red. Del mismo modo, explica que la función de la red no está condicionada por agentes externos, sino que es autónoma y define sus propios objetivos. Con todo ello, nuevamente, se hace alusión a la voluntad individual como elemento potencial para la realización de fines superiores en la colectividad.

La realización individual dentro de la red es un aspecto tratado por Castells con el nombre de *individualismo en red*. Este es un modelo social que toma como base las posibilidades de elección del sujeto para la construcción de sus redes sociales (en línea y en su interacción social), de acuerdo con sus intereses, valores, afinidades y proyectos (Castells, 2001, pp. 150-154).

Así, el modelo de sociedad red, por excelencia, es internet, que fomenta las posibilidades de realización individual mediante la aportación de información significativa para un conjunto infinito de individuos, interconectados a través de tecnologías de telecomunicaciones: “Además de múltiple, el yo es fluido y se constituye vitalmente en la medida en que interactúa con otras identidades por medio de conexiones de máquina” (Figueroa Alcántara, 2001, documento en línea). Por lo tanto, internet se presenta como un espacio para la experimentación de identidades individuales y colectivas.

El desarrollo de internet trae consigo la oportunidad de pasar por alto las estructuras jerárquicas hasta ahora predominantes en las relaciones humanas. Además, permite al individuo experimentar con diferentes facetas de una misma identidad. Aunque, en muchas ocasiones, se alude a los efectos negativos que puede arrastrar la comunicación con personas desconocidas en una realidad física --es decir, las ocasiones propicias para actos

criminales--, es innegable que este medio de comunicación, libre de regulaciones que limiten su campo de acción, implica una eficaz alternativa para la comunicación entre iguales (Figueroa Alcántara, 2001, documento en línea).

Existen dos aspectos fundamentales respecto a las nuevas maneras en que se comunican los individuos. El primero de ellos se refiere a las posibilidades de acceso a las herramientas imprescindibles para integrarse a este modelo de comunicación social; en segundo lugar, se encuentra la necesidad de conservar internet como un ámbito abierto para la libre expresión cultural e intelectual.

Otro aspecto de gran importancia es que nuestra sociedad aún no se ha liberado de la larga tradición capitalista de la cual es heredera; de ahí que la economía de la información esté fuertemente vinculada con los conceptos de dinero y propiedad. Para las empresas de hoy en día la información es un medio de supremacía económica y poder. “Las empresas consiguen su meta de hacer dinero intentando ser propietarios de información a través de patentes, marcas registradas, copyrights, derechos de autoría, contratos de no revelación y otros medios similares” (Himanem, 2002, p. 65).

Esto genera muchos focos de tensión y conflicto. El problema radica en la dificultad para distinguir la cultura comercial de la no comercial. La cultura comercial es la parte de nuestra cultura que fue creada para ser vendida. La cultura no comercial es todo lo que ha quedado fuera del campo de la comercialización. Durante un largo periodo, la cultura no comercial permaneció libre de interferencias reguladoras o de apropiación; sin embargo, las tendencias de la nueva economía de la información han decidido adueñarse también de esta parte de la cultura que había permanecido libre (Lessig, 2002, p. 20).

Hasta hace algunos años, la normatividad se centraba en la creatividad comercial; pero, poco a poco, ha invadido el espacio de la cultura libre, bajo el pretexto de defender los intereses de creadores intelectuales. Cabe resaltar que la tradición que regía las formas de creación enfatizaba la primacía de la obra como una fuente potencial para el progreso de una sociedad ricamente creativa. Así, el concepto de propiedad estaba subordinado al valor de la creatividad. En la actualidad, esta tradición ha sido abandonada y los principios que defendía se han invertido: la importancia de la propiedad es superior a la de la creatividad. De esta manera, el modelo social, basado en elementos fundamentales de cultura libre, que ha prevalecido durante siglos se ve fuertemente asediado por los embates que pugnan por

una sociedad del permiso, de la propiedad y de la comercialización de todo tipo de información y conocimiento (Lessig, 2002, p. 14).

Es obvio que “El trabajo creativo tiene un valor; cada vez que use, o tome, o me base en el trabajo creativo de otros, estoy tomando de ellos algo con un valor. Cada vez que tomo de alguien algo con un valor, debería tener su permiso. Tomar de alguien algo con un valor sin su permiso está mal. Es una forma de piratería” (Lessig, 2002 , p. 29). Pero el caso es que la regulación al respecto es cada vez más estricta, tanto, que las formas tradicionales de interacción entre personas para crear y compartir su cultura y conocimientos se encuentran bajo el dominio de los grupos reguladores. Con tal viraje, se ha perdido el equilibrio existente entre la cultura libre y aquella que privilegia el lucro desmedido.

El hecho de que exista regulación para impedir delitos como el plagio o la copia indiscriminada de una creación con fines de lucro no es, en absoluto, algo negativo. La dificultad se halla en que dicha regulación no se lleva a cabo en favor de los autores, sino de los intermediarios y negociantes que ven en la información un medio de enriquecimiento y poderío.

Al respecto, es necesario explicar que la normatividad relativa a la creación de obras (cuya representación más conocida es el copyright o derecho de autor), se divide en dos grandes vertientes: la primera de ellas es la tradición europea, que pugna por el reconocimiento de la autoría intelectual de una obra; en contraparte, la tradición angloamericana hace énfasis en los derechos económicos sobre la obra (Pedley, 1998). Es indudable que cualquier creador debe ser reconocido, tanto moral como económicamente; pero la tradición angloamericana se desvía del objetivo fundamental de los derechos de autor al avalar la transferencia de los derechos patrimoniales, pues, una vez más, el valor de la creatividad se ve solamente como un instrumento para la obtención de beneficios materiales.

Ya se ha hablado del papel sustancial de los medios digitales surgidos durante los últimos años --internet, la *web*, etcétera-- en la mayor cantidad de información que se produce, selecciona, organiza y distribuye. Como consecuencia, también ha evolucionado el ciclo social de información; pues, mediante las facilidades que ofrecen los medios tecnológicos para que prácticamente cualquier persona sea capaz de crear, procesar y difundir información, la sociedad ya no está limitada a recibir únicamente lo expuesto por

los medios masivos tradicionales --televisión, radio, cine, prensa, etcétera-- cuya naturaleza es, esencialmente, centralizada.

Desde sus inicios, internet se ha mostrado como un espacio público, descentralizado, abierto, no jerárquico, basado en redes interconectadas, donde se cuenta con libertad de expresión, acceso y acción en el campo del conocimiento y en cuanto al libre flujo de información. A diferencia de otros medios de comunicación, su naturaleza descentralizada le ha permitido escapar del control y la censura ejercidos por los poderes existentes. Por esta razón, representa la principal alternativa en la realización de movilizaciones colectivas a favor de la consolidación de una sociedad intercultural más justa. A través de internet es posible ejercer la libertad de expresión, tanto a nivel individual como colectivo. Esto no quiere decir que no exista el riesgo de que internet se transforme de un medio gratuito e independiente a un medio invadido por las grandes corporaciones que transmiten sólo contenidos superficiales (Figueroa Alcántara, 2005a, p. 10).

Por otro lado, antes de las tecnologías digitales y de internet, prácticamente todos los productos editoriales eran de naturaleza comercial, y las empresas pagaban las cuotas relativas al derecho de autor como un gasto propio del negocio. Al facilitarse los procesos y reducirse los costos de producción y difusión, a través de internet, millones de personas fueron capaces de publicar. Desgraciadamente, esto las colocó al alcance de la legislación que, anteriormente, sólo afectaba a los creadores comerciales. Estas tecnologías también trajeron consigo cierta facilidad para mantener el control sobre una parte de la cultura que se había desarrollado de manera independiente: “Justo en el momento en el que la tecnología digital podría desatar una extraordinaria gama de creatividad comercial y no comercial, las leyes le imponen a esta creatividad la carga de reglas irracionalmente complejas y vagas y la amenaza de penas obscenamente severas” (Lessig, 2002, pp. 30-31).

Las constantes modificaciones en materia legal con respecto a la propiedad intelectual, sobre todo las relacionadas con objetos digitales difundidos a través de internet, tienen como función impedir el surgimiento de un mercado mucho más competitivo para las empresas que durante varios años han gozado del monopolio de la industria de contenidos. Las leyes originadas en los últimos tiempos no se orientan hacia la protección de los artistas, sino a librar a las grandes compañías de una posible competencia (Lessig, 2002, pp. 21-22).

Conflictos como los que se han expuesto hasta ahora son, tan sólo, una muestra de la complejidad de nuestra sociedad y del papel primordial del universo editorial y de la información para la construcción de una sociedad democrática y la consolidación de una cultura capaz de enriquecerse y renovarse continuamente. Como podemos advertir, las batallas que se libran en este proceso tienen como último fin la determinación del comportamiento de actores individuales y sociales. Por tanto, son éstos quienes deben comenzar por hacer conciencia de su compromiso inalienable con la sociedad. Tanto individuos como grupos deben exigir su derecho al libre acceso, a la libre elección, a la libre creación y a la libre aportación cultural.

La sociedad contemporánea ha desplazado la posibilidad de acción fuera de los límites del Estado y sus instituciones centralizadas, pues éstas se han visto forzadas a favorecer los poderosos intereses de las esferas dominantes (Lessig, 2002, pp. 18-19). La esperanza de integrar una sociedad unida en su diversidad se encuentra en las acciones que favorezcan los vínculos basados en la semejanza y la diferencia (Melucci, 2001, p. 50).

Con las nuevas formas de organización social, también han surgido formas de discriminación por medio del control y la manipulación de los códigos necesarios para interpretar y asimilar la información que repercute en el desarrollo de la identidad (Melucci, 2001, p. 53). Las estrategias fundamentales para la exclusión son la imposición de estilos de vida y el monopolio sobre el lenguaje. Al ofrecer una visión monolítica sobre el mundo, también se está negando el valor de lo que el otro pueda aportar para dotar de sentido lo que ocurre ante sus ojos. Es así como se niegan las posibilidades de realización de la identidad; la pérdida de ésta no se limita a la negación del sentido ajeno; al mismo tiempo requiere de la indiferenciación, de la absorción de patrones de conducta y mentalidad preestablecidos por las culturas dominantes.

Para consolidar una sociedad rica culturalmente será preciso el establecimiento de vínculos que amplíen nuestra percepción de la realidad y fortalezcan nuestra capacidad de discernimiento: “Un sentido descubre sus honduras al encontrarse y toparse con otro sentido ajeno: entre ellos se establece una especie de diálogo, que supera el carácter cerrado y unilateral de ambos sentidos, de ambas culturas” (Bajtín, 2000, p. 159).

Si bien es cierto que las formas de inclusión y exclusión están en función de las oportunidades de acceso a los códigos que permitan a los individuos y grupos dotar de

sentido su existencia, la sociedad puede reaccionar frente a este sistema si se encarga de crear y propagar sus propios códigos, a fin de integrar un marco ideológico que sustente movilizaciones sociales. En el interior de un sistema lingüístico específico, se puede crear otro sistema lingüístico que posibilite realmente la comunicación. Si no existe un grupo con el cual entablar comunicación, el símbolo carece de significado. Un código que no es comunicado, simplemente, no es un código. Para enterar a los demás de nuestras ideas es imprescindible dotarlos de los elementos básicos para la comprensión de los mensajes que emitimos. La propagación de estos elementos cognitivos es requerida para infundir en el otro la capacidad de análisis y crítica.

Para que un grupo sea reconocido como tal, debe iniciar por crear su propio sistema de comunicación. El símbolo posee la cualidad de expresar algo más de lo que representa y de reunir al grupo de individuos que se identifican con él; para ello, es imprescindible que el sujeto cuente con elementos que le permitan descifrar ese significado. De esta forma, el símbolo llega a representar el conjunto de ideales de un grupo determinado. Una vez que esto se da a conocer a los grupos representativos del sistema, necesariamente la cultura oficial absorbe elementos de la cultura no oficial, y en ello radica la posibilidad de cambio (Tejerina, 2004, p. 22).

Del mismo modo, Bajtín (2000, p. 157) afirma que “en el símbolo existe *el calor de un secreto compartido*”. Entendemos que al *compartir* se da entrada al otro hacia nuestro propio ser y lo hacemos partícipe de nuestra problemática. Por su parte, el otro integra este elemento dentro de sí mismo. Así, el símbolo constituye un referente común con el cual ambos podemos identificarnos y, en consecuencia, comunicarnos. Con la creación de un lenguaje alternativo se desarrollan también nuevas formas de inclusión y participación en torno a los intereses comunes de los individuos. De esta manera, se estimula la red social de comunicación y sus posibles repercusiones en la configuración de identidades colectivas.

Nuevamente, vemos en internet al medio que propicia este compartir entre actores individuales. Las nuevas tecnologías fomentan la creación y el intercambio de contenidos de manera inigualable: desde el envío de un mensaje por correo electrónico, hasta la publicación de una obra de arte, pasando por la visita a sitios sobre temas de ciencia y cultura, o el intercambio de opiniones críticas en foros de discusión. Lessig habla de esto último como la tecnología de *capturar y compartir* y la define como “un mundo de

creatividad extraordinariamente diversa que puede compartirse amplia y fácilmente” (Lessig, 2002, p. 207). En la medida en que se permita que un extenso número de ciudadanos utilice esta tecnología, se facilitará su expresión y crítica, con lo cual contribuirán a la cultura en la que se desenvuelven.

La idea de acción colectiva e identidad colectiva en el contexto de internet se percibe más claramente en el desarrollo de comunidades virtuales. Castells define a las comunidades virtuales como “redes de lazos interpersonales que propician sociabilidad, apoyo, información, un sentimiento de pertenencia y una identidad social” (Castells, 2002, p. 148).

El valor primordial de internet dentro del universo editorial y de la información consiste en su capacidad para vincular prácticamente cualquier cosa, existente en cualquier lugar. Esto se hará más evidente cuando se dé a esta herramienta el uso para el que realmente fue creada y pase de ser un simple navegador/buscador/ proveedor de información, unido a un sistema de correo electrónico, a cumplir su verdadera función como buscador y medio de creación editorial. Con lo anterior se quiere decir que el uso de internet no debe limitarse al consumo pasivo de los contenidos que otros proveen, sino de fomentar la participación de sus usuarios para construir y reconstruir su cultura. Los procesos de edición en internet conducen a la recombinación de creatividades de varias personas y a la interacción entre actores sociales en una “espiral de información cada vez más significativa” (Himanem, 2002, p. 176).

A través del entorno digital desplegado en internet, se cuenta con un medio para la libre expresión, que hace de cada individuo un miembro activo de la sociedad. Este último se convierte en un punto convergente entre las opiniones propias y otras muy diversas. (Himanem, 2002, p. 124). Las identidades adoptadas dentro del ciberespacio le permiten conservar su privacidad y expresarse libremente al disminuir el riesgo de la vigilancia que obliga a las personas para actuar de una forma determinada. En este contexto, la identidad halla un espacio de experimentación constante. En el anonimato que propicia el ciberespacio puede surgir o recrearse una identidad (individual o colectiva); puede funcionar como un entorno simbólico en el cual se vuelquen las aspiraciones del (de los) ser(es) humano(s). El ciberespacio es un ambiente simulado, mas no por eso los actos ocurridos en él se desvinculan de la realidad concreta. Las movilizaciones sociales tienen

como principio el flujo de información entre personas que comparten ideas e intereses comunes; con el paso del tiempo, pueden influir en la sociedad donde se generan, ya sea actuando dentro de la misma red o en forma física.

El modelo abierto propuesto por la sociedad red, manifestado en internet, permite la acción de individuos y grupos dentro del universo editorial y de la información, con el objetivo de encontrar la mejor de las soluciones a un problema dado. En él, la posibilidad de contribuir con alguna idea está abierta a todos; cada una de las ideas expuestas se pone a prueba desde el inicio, de acuerdo con los diversos puntos de vista de los participantes; de esta manera, toda idea está en posibilidades de enriquecerse y mejorar, gracias a las opiniones de otros. En cambio, los modelos tradicionales de difusión de la información se contentan con lanzar sus ideas a destinatarios pasivos, con lo cual se niega la oportunidad de evolución de la idea en cuestión (Himanem, 2002, p. 86).

El modelo abierto plantea la mejora continua de una misma idea en razón de las acciones de varios individuos sobre ella. Éste es un rasgo característico de la cultura libre, en contraste con la cultura del permiso. Las culturas libres dejan una parte de su cultura abierta para que otros se basen en ella (Lessig, 2002, p. 42). Pese a esto, como ya se argumentó, la regulación excesiva de la propiedad intelectual, muchas veces impide el progreso de una creación determinada en aras del supuesto respeto al derecho del autor sobre su obra. Los legisladores que trabajan al respecto no han comprendido que muchas de las industrias en las que se fundamenta nuestra cultura actual, en mayor o menor medida, son beneficiarias de este tipo de actos; y que por ese motivo deberían hacer lo posible para que los cambios realizados a favor de aquellos afectados con el cambio tecnológico no signifiquen una restricción en la innovación (Lessig, 2002, p. 42).

De hecho, la lógica indica que toda obra no es más que una recreación de sus predecesoras. La reglamentación concerniente a la producción de propiedades intelectuales debería dar por sentado el derecho de los creadores para construir con base en su propio pasado. En los productos editoriales se resguarda la memoria cultural de los pueblos. Pretender que las nuevas generaciones creen al margen de las manifestaciones de sus antepasados equivale a ocasionar la renuncia perpetua a sus raíces, a la pérdida de su identidad como personas y grupos sociales.

Cualquier autor, en cualquier parte del mundo, se ha basado en la creatividad que hubo antes de él. Bajtín ofrece una visión muy clara de las creaciones intelectuales como productos sociales y sus relaciones intertextuales como lazos de unión imposibles de disolverse:

“Cualquier palabra, cualquier enunciado concreto encuentra al objeto al que está dirigido, siempre --por así decirlo-- ya hablado, discutido, valorado, envuelto en una neblina o, por el contrario, iluminado por la luz de las palabras ajenas dichas al respecto. Este objeto aparece enredado e impregnado por los pensamientos y puntos de vista comunes, por las valoraciones y acentos ajenos. La palabra orientada a su objeto entra en este medio dialógicamente agitado y tenso de las palabras, valoraciones y acentos ajenos, se inmiscuye en sus complejas interrelaciones, se funde con unas, toma como punto de partida a otras, se cruza con terceras; y todo esto puede dar una forma esencial a la palabra, sedimentar en sus estratos semánticos, al hacer más compleja su expresión, al influir en toda su apariencia estilística” (Bajtín, 2000, p. 169).

Así, pues, las condiciones de la sociedad contemporánea enfrentan a las industrias editorial y de la información a un nuevo desafío por hallar un equilibrio entre su fortalecimiento económico y una constante aspiración por la difusión de la cultura y la expansión de la comunicación. La situación de las industrias culturales y comunicativas protagónicas del universo de la información obligan a la búsqueda de una democratización cultural e informativa; no sólo en términos de permitir al consumidor la elección entre diferentes productos, sino también de darle a conocer manifestaciones culturales diversas. La construcción de una sociedad abierta y democrática se basa, necesariamente, en “la máxima diversidad de voces creativas y de expresiones de la vida social (ideología) accesibles a toda la sociedad” (Bustamante, 2002, p. 24).

IV.6 Acciones del bibliotecólogo dentro del universo editorial y de la información en los procesos de integración de identidades individuales y colectivas, así como en las movilizaciones sociales

Como se puede advertir, la situación de las industrias culturales y comunicativas es bastante compleja. El universo de la información se ha convertido en el campo donde se realiza un

sinfín de actividades, encaminadas a la influencia sobre el criterio y la participación del individuo y la comunidad. Los efectos benéficos o perjudiciales de lo anterior dependen de la capacidad individual para elegir y realizar actos que repercutan en la consolidación de una sociedad más participativa, tolerante, incluyente y, sobre todo, más justa.

El cambio social de nuestra época se define por tres aspectos. El primero de ellos se refiere a la democratización del conocimiento; es decir, el aumento de acceso al saber a través de diversos medios de comunicación. En segundo lugar, mediante la democratización del conocimiento se permite al individuo el dominio casi absoluto de señales simbólicas, esto es la capacidad de comprensión e interpretación de las mismas. Por último, la secularización del conocimiento, alude a la libertad de la sociedad para decidir y actuar exclusivamente con base en su propio razonamiento (Prats, 2003, pp. 27-31).

Las sociedades abiertas, realmente democráticas, reconocen la inteligencia del individuo para forjarse un proyecto personal autónomo y participar en la toma de decisiones en beneficio de la comunidad, a través del desarrollo de sus capacidades para resistir a las presiones externas ejercidas por los medios de comunicación. De esta manera, los dos principios básicos en una sociedad democrática son la responsabilidad y la conciencia. (Prats, 2003, p. 37).

En tal contexto es donde resulta necesario destacar el papel del bibliotecólogo en el universo editorial y de la información. Al respecto, como punto de partida, puede afirmarse que la información y todos los procesos relacionados con ella son el objeto de estudio de la bibliotecología. Del mismo modo, se considera que la actividad del bibliotecólogo debe dirigirse, en todo momento, a la satisfacción de las necesidades de información de los usuarios. Precisamente, estas son las razones fundamentales por las que el bibliotecólogo, tanto a nivel individual como colectivo, no puede desvincularse de su función social. Estela Morales ya había perfilado su función eminentemente social con estas palabras: “El bibliotecólogo es precisamente quien relaciona al hombre con el conocimiento y el saber universal y local, quien lo ayudará a detectar y significar sus problemas de vida con aquella información que resolverá sus preguntas y sus necesidades” (Morales Campos, 2003, p. 2).

Ante todo, los bibliotecólogos deben tomar conciencia de su papel como actores sociales, analizar las circunstancias de su entorno y adaptarse para influir en él positivamente. El profesional de la información debe tener “la capacidad de reciclarse y

adaptarse a nuevas tareas, nuevos procesos y nuevas fuentes de información a medida que la tecnología, la demanda y la dirección aceleran su ritmo de cambio” (Castells, citado por Himanem, 2002, p. 130).

En el contexto de la sociedad actual, la ética de la información involucra dos figuras clave, sin las cuales sería imposible la existencia del ciclo informativo: el informador y el informado. Ninguno de ellos puede desprenderse de su conciencia en el momento de recibir, procesar, comprender, crear y emitir información. Estas habilidades se introducen en el terreno de la individualidad e implican un ejercicio consciente en cada una de estas tareas.

Por ello, el bibliotecólogo debe asumir su identidad y trabajar de manera individual y colectiva en actividades a favor de la libertad intelectual, la libertad de expresión, la circulación irrestricta de la información y las ideas y el libre acceso a la información. Samek destaca el trabajo bibliotecológico como una alternativa para fortalecer la democracia en nuestra sociedad. Afirma que, a partir de la década de los sesenta, se desarrolló una corriente bibliotecológica basada en el concepto de responsabilidad social, lo cual incluye las actividades arriba señaladas, tanto para los practicantes de la profesión, como para los usuarios de las bibliotecas (Samek, 2004, p. 3).

De lo anterior se deriva el hecho de que el trabajo bibliotecológico tiene un lazo indisoluble con el concepto de libertad intelectual. Esta última puede ser entendida como el derecho de todo ser humano para buscar y recibir información que manifieste diferentes puntos de vista, sin restricción alguna; proporciona el libre acceso a la totalidad de expresiones e ideas para explorar una o todas las vertientes sobre alguna cuestión; finalmente, comprende la libertad para recibir, sostener y diseminar ideas (Samek, 2004, p. 4).

Prats, Buxarais y Tey se refieren a la calidad moral del profesional de la información como un elemento crucial para la edificación de una sociedad democrática, pues la información es un patrimonio individual, pero también colectivo, que reclama una protección especial. La información es un bien común y, en consecuencia, se relaciona directamente con la capacidad de movilización de las personas y de las comunidades (Prats, 2003, p. 109).

Las capacidades profesionales del bibliotecólogo para localizar, analizar e interpretar información lo colocan en una posición avanzada con respecto a otros, desde aquellos que

no cuentan con los medios necesarios para tener acceso a la información, hasta quienes sí los poseen, pero carecen de elementos para analizar y comprender los contenidos. Es por esto que la práctica profesional bibliotecológica debe sustentarse en juicios éticos.

La biblioteca juega un papel preponderante en los ciclos sociales de la información y el conocimiento. Esto la convierte en un terreno disputado, ya que representa un elemento conveniente tanto para el control sobre la información, como para el ejercicio de la libertad intelectual. Darch menciona que la biblioteca es una estructura social que determina en muchos niveles y en formas complejas la naturaleza de su trabajo con el resto de la sociedad (Darch, citado por Samek, 2004, p. 11).

Por tal motivo, a partir de su posición dentro del universo editorial y de la información, los bibliotecólogos, como principales responsables de estas instituciones, tienen la posibilidad, si no la obligación, de emprender acciones que favorezcan los procesos de construcción de la identidad y de movilizaciones sociales, a favor de una sociedad abierta y democrática.

Por muchos años se ha mantenido la idea de que el bibliotecólogo no puede ser más que un mediador neutral entre la información y los usuarios. Sin embargo, esta noción de neutralidad conlleva el riesgo de transmitir únicamente los mensajes de la ideología dominante que sustentan un sistema social antidemocrático. Por el contrario, el bibliotecólogo debe colaborar para contrarrestar las tendencias de los grupos poderosos y oponerse a sus tendencias jerárquicas, excluyentes y homogeneizadoras (Samek, 2004, p. 5).

Una de las formas en que las bibliotecas contribuyen a los procesos de construcción de identidades individuales y colectivas es mediante la preservación del patrimonio cultural de la humanidad. Después de su ciclo comercial normal, los productos editoriales encuentran una segunda vida en las bibliotecas; así se consigue estabilidad y difusión en la cultura (Lessig, 2002, pp. 132-133). De esta manera, puede afirmarse que el hombre debe aprender del pasado para actuar en el presente y forjarse un mejor futuro. Al recopilar y conservar contenidos y mantenerlos disponibles para los usuarios, las bibliotecas abren un espacio de encuentro en el que el individuo puede forjar su identidad presente tomando elementos de otras identidades. Asimismo, el contacto con otras ideologías, plasmadas en textos de todo

tipo, estimula su capacidad de juicio y le otorga elementos para actuar en busca de sus intereses, ya sea individualmente o como parte de una colectividad.

Pero, para que este contacto ocurra, será necesario que la biblioteca cuente con aquellos materiales que inviten a la reflexión. En muchas ocasiones, las bibliotecas pueden ser utilizadas como un medio para ejercer control sobre la información, ya sea por la restricción de acceso a ciertos contenidos, o por la circulación de materiales con mensajes superfluos. De esta forma, la lectura se convierte en un mecanismo de exclusión y manipulación. La misión del bibliotecólogo, en este caso, consiste en desarrollar las colecciones de la biblioteca con base en las necesidades de la comunidad, respetando las diferencias culturales e ideológicas que puedan estar representadas (Figueroa Alcántara, 2006, p. 7). Para cumplir con lo anterior, le será imprescindible un conocimiento profundo del mercado editorial, que le permita discernir cuáles son los materiales útiles y de calidad, y no sólo aquellos productos que persiguen un fin comercial, y la distracción de las conciencias.

Una problemática constantemente, vinculada con la evolución del universo editorial y de la información es la concerniente al libre acceso a la información y la cultura. Sin duda, el trabajo del bibliotecólogo debe orientarse a la propagación de elementos cognitivos que permitan al individuo su afirmación como individuo y actor participativo dentro de la sociedad. Una de las tareas fundamentales con respecto a la integración de la identidad individual consiste en la distribución de contenidos que coadyuven al crecimiento personal, crítico y reflexivo del individuo. La culminación del proceso informativo se realiza cuando el ser humano es capaz de reconocerse a sí mismo, no como materia fija, sino como el flujo constante de ideas y sentimientos que recibe a través de diferentes medios: “La lectura y una biblioteca pueden contribuir a recomposiciones de la identidad, sin entender en este caso la identidad como algo fijo, detenido en la imagen, sino por el contrario, como un proceso abierto, inconcluso, como una conjunción de múltiples rasgos e incesante devenir...” (Petit, 1999, p. 53).

Por otra parte, debemos tomar en cuenta que el campo de acción del bibliotecólogo no se limita a la biblioteca como espacio físico. Con la introducción de las tecnologías digitales, cuyo máximo exponente es internet, el bibliotecario ha adquirido nuevas responsabilidades. Como se ha explicado previamente, los principales aspectos de la ética

de la red son los relativos a los derechos de autor, privacidad de la información y censura (Prats, 2003, p. 53). En consecuencia, el bibliotecólogo puede hacer uso de internet para extender su compromiso social.

Al respecto, el *Manifiesto sobre internet de la IFLA* (2002), estipula que el acceso generalizado a la información es esencial para la libertad y la igualdad, el entendimiento global y la paz; asimismo, impulsa a la riqueza de la expresión humana y la diversidad cultural. Por tanto, el acceso a internet y otros recursos informativos no debe ser objeto de censura por motivos ideológicos, políticos, religiosos o desigualdad económica. En principio, la biblioteca debe actuar como una institución democratizadora para disminuir los efectos perjudiciales de la brecha digital. Promover el uso de las nuevas tecnologías en sectores desprotegidos es una tarea fundamental que ha de afrontar los problemas implicados en el acceso desigual a la información que se transmite a través de internet, a nivel local y global.

Para Epstein, las nuevas tecnologías se presentan como una alternativa para estrechar la distancia que ha separado a “los ricos educados de los pobre iletrados” (Epstein, 2002, p. 44). Al mismo tiempo, la democratización de la información involucra beneficios y responsabilidades que la sociedad debe ser capaz de asumir. Dado que el libre acceso a la información no garantiza el buen uso de este recurso, el individuo tiene la responsabilidad de elegir las opciones que repercutan benéficamente en el desarrollo social. A pesar de esta problemática, la difusión del conocimiento es buena en sí misma. El mismo autor afirma que el empleo de las nuevas tecnologías trajo la oportunidad de renovar y readaptar una industria editorial en crisis, pues las editoriales y librerías valiosas, a pesar de todo, han sobrevivido (Epstein, 2002, pp. 45-46).

Es bien sabido que gran parte de la información que se transmite en internet carece de veracidad y confiabilidad; sin embargo, entre las características del bibliotecólogo debe destacarse la habilidad para identificar contenidos que sí cumplan con tales requisitos y, en consecuencia, otorguen al individuo una visión cercana a la realidad y le permitan desarrollar sus propias ideas, que representen cierta aportación a la cultura.

Por otra parte, la transmisión de contenidos éticamente cuestionables no es un problema exclusivo de internet, pero es quizás con su llegada como se ha hecho más evidente. El profesional de la información debe ser capaz de validar la veracidad y calidad

de la información que difunde, prestando minuciosa atención a aquellos contenidos que puedan atacar los valores de otros, difundir ideologías radicales intolerantes o despreciar la dignidad y la vida humana (Figuroa Alcántara , 2005a, p. 11).

Asimismo, un aspecto adicional, que genera cierta inquietud con respecto a internet se relaciona con la idea de inestabilidad de sus contenidos, en comparación con los elementos estabilizadores de las sociedades anteriores, que tienen como cualidad su permanencia (impresos, grabaciones, etcétera). Sin embargo, desde la Biblioteca de Alejandría, hasta la llegada de esta tecnología, nunca se tuvo la posibilidad de almacenar tanto conocimiento en un sólo sistema y, mejor aún, distribuirlo públicamente (Lessig, 2002, p. 67).

Claro ejemplo de las actividades que pueden ser efectuadas en el contexto de la era digital es el desarrollo de bibliotecas digitales, que ofrecen al público en general un caudal de conocimientos. Pero también se pueden entablar acciones más propositivas, donde no se perciba al usuario solamente como un receptor pasivo de la información que el bibliotecario decide brindarle, sino como un participante activo en el ciclo social de la información. Al adoptar el modelo sugerido por la sociedad red es factible la creación de sitios web donde se reúna información proporcionada por los usuarios; las aportaciones valiosas prevalecerán y evolucionarán gracias a las opiniones de otros miembros de la red (Himanem, 2002, p. 97). Esta es una forma clara de promover la acción colectiva y, al mismo tiempo, la evolución del conocimiento.

En algunos casos, con el cambio de publicaciones impresas a digitales, se han reducido las posibilidades de difusión del conocimiento en las bibliotecas, pues éstas se ven obligadas a dar acceso gratuito a sólo un grupo de usuarios autorizados. Una forma de aminorar este perjuicio consiste en entablar relaciones con grupos de productores independientes, que no restringen el derecho de distribución de sus contenidos. Igualmente, la biblioteca puede entablar relaciones con corporaciones sin fines de lucro para poner en el dominio público el avance del conocimiento, así como apoyar a los grupos comunales creativos (movimientos de productores y consumidores de contenidos independientes) (Lessig, 2002, pp. 311-312).

Uno de los campos que requiere urgentemente de la participación bibliotecaria es el desarrollo de políticas que marquen los límites de la acción legal de personas o instituciones encargadas de gestionar la información (Prats, 2003, p. 109). Éstas deben basarse en la idea

de la información vista como un bien social, y no como un bien económico; así como dar prioridad a los valores y necesidades humanas sobre el afán de lucro a toda costa. Ante todo, se debe defender la libertad intelectual, la libertad e igualdad de acceso a la información y los servicios, además de apoyar la diversidad cultural. También se debe fortalecer el derecho del gremio bibliotecario para cumplir con su papel como actor social y participar activamente en la consolidación de identidades y movilizaciones sociales. Por último, se debe pugnar por la democratización de las instituciones culturales, educativas y comunicativas; en consecuencia, éstas podrán representar puntos de acción y resistencia ciudadana (Samek, 2004, p. 12).

El desarrollo de políticas a favor de la difusión de la cultura digitalizada, debe sustentarse en esfuerzos dirigidos a crear condiciones favorables para la edición digital y el acceso a la cultura a través de la red. Este ejercicio podría llevarse a cabo mediante la creación de portales electrónicos que democratizen el acceso a diversos contenidos, no sólo los del dominio público. Para tal efecto, se requeriría de la subvención por parte del gobierno para hacer frente a los gastos en materia de derechos de autor. Pero, sobre todo, fomentar el apoyo al trabajo de edición que se encargaría de apoyar los materiales que garanticen el pluralismo informativo. La difusión de estos portales podría realizarse en las instalaciones de bibliotecas públicas y escolares (Bustamante, 2002, p. 62).

Como hemos visto, el universo editorial y de la información presenta eventos de suma complejidad que merecen ser estudiados desde diversos enfoques. La perspectiva bibliotecológica propuesta en las líneas anteriores es tan sólo una muestra de la imperiosa necesidad de emprender acciones a favor de la libertad de acceso, elección y acción sobre la información.

Más que un discurso o dictamen, las ideas principales que se presentan pretenden ser una invitación a la reflexión sobre la importancia de la profesión bibliotecológica en nuestra sociedad. Las acciones del bibliotecólogo deben encaminarse a la extensión de elementos cognitivos y el fortalecimiento de habilidades informativas que permitan la comunicación y la solidaridad entre personas.

El papel de los profesionales de la información no puede desvincularse de su papel como individuos. La libertad individual sólo puede ser recobrada a través de la acción revolucionaria colectiva; y en esta revolución, el conocimiento será nuestra defensa contra

un mundo a veces dominado por la sinrazón. El saber humano, durante siglos, se ha abierto camino entre las dificultades impuestas por condiciones económicas, políticas, ideológicas o tecnológicas. No tenemos más que decidir si seremos nosotros quienes, desde nuestra posición dentro del universo editorial y de la información, emprendamos las acciones que reclama nuestra sociedad para mejorarse a sí misma.

IV.7 Referencias

ALBORNOZ, L. A. (2002). La prensa diaria y periódica: pionero pero problemático salto on line. En E. Bustamante (Coord.), *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España* (pp. 141-177). Barcelona: Gedisa.

ÁLVAREZ MONZONCILLO, J. M. (2002). La industria cinematográfica: enfermedades crónicas e incertidumbres ante el mercado digital. En E. Bustamante (Coord.), *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España* (pp. 107-140). Barcelona: Gedisa.

AUGÉ, M. (1994). *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

BAJTÍN, M. (2000). *Yo también soy: fragmentos sobre el otro*. México: Taurus.

BAJTÍN, M. (2004). *Rabelais*. Documento en línea. Recuperado el 17 de junio, 2005 de: <http://www.marxist.org/espanol/bajtin/rabelais.htm>

BAJTÍN, M. (2005). *La polifonía del discurso*. Documento en línea. Recuperado el 17 de junio, 2005 de: http://www.javeriana.edu.co/Facultades/C_Sociales/Facultad/sociales_virtual/publicaciones/arena/bajtin2.htm.

BUQUET, G. (2002). La industria discográfica: reflejo tardío y dependencia del mercado internacional. En E. Bustamante (Coord.), *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España* (pp. 67-105). Barcelona: Gedisa.

Bustamante, E. (Coord.) (2002). *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España*. Barcelona: Gedisa.

BUSTAMANTE, E. (2002a). Televisión: errores y frenos en el camino digital. En E. Bustamante (Coord.), *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España* (pp. 213-264). Barcelona: Gedisa.

CABANELLAS, A. M. (2002). Derechos de autor. En L. de Sagastizábal y F. Esteves Fros (Comps.), *El mundo de la edición de libros: un libro de divulgación sobre la actividad editorial para autores, profesionales del sector y lectores en general*. Buenos Aires: Paidós.

CALVINO, I. (2002). *Si una noche de invierno un viajero*. Madrid: Siruela.

CASTELLS, M. (2001). *La galaxia internet*. Madrid: Areté.

CASTELLS, M. (2002). Epílogo. En P. Himanem, *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información* (pp. 169-191). Barcelona: Destino.

EPSTEIN, J. (2002). *La industria del libro: pasado, presente y futuro de la edición*. Barcelona: Anagrama.

FRANQUET, R. (2002). La radio en el umbral digital: concentración versus diversificación. En E. Bustamante (Coord.), *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España* (pp. 179-212). Barcelona: Gedisa.

FIGUEROA ALCÁNTARA, H. A. (2001). Juegos de identidades en el ciberespacio. *Revista Digital Universitaria* 2 (4). Documento en línea. Recuperado el 7 de junio, 2005 de: <http://www.revista.unam.mx/vol.2/num4/art3/index.html>

FIGUEROA ALCÁNTARA, H. A. (2003). Bibliotecología y sociedad: una perspectiva docente. En E. Morales Campos y J. Ríos Ortega (Coords.), *Mesa Redonda, Bibliotecología, Educación y Sociedad* (pp. 12-25). México: UNAM, CUIB.

FIGUEROA ALCÁNTARA, H. A. (2005). Collective construction of identity in internet: ethical dimension and intercultural perspective. A publicarse en J. Frühbauer, R. Capurro y T. Hausmanninger (Eds.), *Localizing the internet: ethical aspects in an intercultural perspective*. Munich: Schriftenreihe des ICIE Fink Verlag.

Nota: Colaboración presentada en el International ICIE Symposium 2004: Localizing the Internet: Ethical Issues in Intercultural Perspective, 4-6 October, 2004, Karlsruhe, Alemania. Prepublicada en el *International Journal of Information Ethics*.

FIGUEROA ALCÁNTARA, H. A. (2005a). Ética de la información: perspectivas bibliotecológicas. En E. Morales Campos y J. Ríos Ortega (Coords.) *Ética e información* (pp. 11-35). México: UNAM, CUIB.

FIGUEROA ALCÁNTARA, H. A. (2006). Multiculturalismo e identidad en la sociedad red: una perspectiva bibliotecológica. A publicarse en F. F. Martínez Arellano (Coord.) *Memoria del XXII Coloquio de Investigación Bibliotecológica y de la Información*. México: UNAM, CUIB.

GÓMEZ ESCALONILLA, G. (2002). La edición de libros: un sector potente a la defensiva digital. En E. Bustamante (Coord.), *Comunicación y cultura en la era digital: industrias, mercados y diversidad en España* (pp. 37-65). Barcelona: Gedisa.

HIMANEM, P. (2002). *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona: Destino.

IFLA (2002). *Manifiesto sobre internet de la IFLA*. Documento en línea. Recuperado el 17 de junio, 2005 de: <http://www.ifla.org/III/misc/im-s.htm>.

LESSIG, L. (2004). *Cultura libre: cómo los grandes medios usan la tecnología y las leyes para encerrar la cultura y controlar la creatividad*. Documento en línea. Recuperado el 7 de junio, 2005 de: <http://cyber.law.harvard.edu/blogs/gems/ion/Culturalibre.pdf>.

MELUCCI, A. (2001). *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta.

MORALES CAMPOS, E. (2003). Bibliotecología y sociedad. En E. Morales Campos y J. Ríos Ortega (Coords.), *Mesa redonda, Bibliotecología, educación y sociedad* (pp. 1-11). México: UNAM, CUIB.

PEDLEY, P. (1998). *Copyright for library and information service professionals*. London: ASLIB.

PETIT, M. (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.

PRATS, E., BUXARRAIS, M. R. y TEY, A. (2004). *La ética de la información*. Barcelona: UOC.

SAMEK, T. (2004). Internet and intention: an infrastructure for progressive librarianship. *International Journal of Information Ethics*, 2. Documento en línea. Recuperado el 17 de junio, 2005 de: http://www.i-r-i-e.net/inhalt/002/ijie_002_23_samek.pdf.

SCHIFFRIN, A. (2001). *La edición sin editores: las grandes corporaciones y la cultura*. México: Era.

TEJERINA, B. (2003). *Multiculturalismo, movilización social y procesos de construcción de la identidad en el contexto de la globalización*. Universidad del País Vasco, Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación, Departamento de Sociología. Documento en línea. Recuperado el 7 de junio, 2005 de: <http://www.ces.fe.uc.pt/publicacoes/oficina/187/187.pdf>